

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA RECEPCIÓN DEL QUIJOTE

Isaías Lerner

La extensa bibliografía cervantina se ha ocupado en los últimos tiempos, con sorprendente insistencia, de proponer interpretaciones de las obras del *corpus* que ponen de relieve sus significados *actuales*, es decir, que hacen hablar a los textos cervantinos en los códigos de nuestra cultura actual. Por ello, se ha vuelto infrecuente la exploración del efecto que su lectura debió crear en los receptores del siglo xvii, como estrategia crítica necesaria para entender de manera más cabal estos textos. En verdad, el estudio de la recepción del *corpus* en la época de su producción ha quedado casi exclusivamente restringida a la tarea de anotación de textos. Esta labor, importante para la comprensión histórica del texto cervantino, es, sin embargo, circunstancial y se atiene a las necesidades relativas de cada situación editorial o, dicho de otro modo, a las necesidades del editor, de la colección o del lector al que va dirigida la edición.

El propósito de este trabajo es, precisamente, examinar las características de un aspecto de la recepción del *Quijote* que considero bastante complejo. En efecto, hablar de recepción es referirse a un fenómeno de lectura que abarca múltiples niveles y obliga a hacer abstracción de la diversidad que separa los gustos actuales de los del momento de la aparición del texto que se estudia y, también, del grado de conocimiento de la lengua en que el texto se escribe. Precisamente, muchas de las sorpresas que debe haber deparado el texto cervantino en el momento de su aparición estaban estrechamente unidas a la modernidad expresiva de su discurso. Hoy contamos con sólidos estudios sobre los usos retóricos cervantinos, particularmente los del *Quijote*.¹ Pero estos trabajos no se ocupan de las innovaciones que el léxico cervantino ofrecía en relación con los usos lingüísticos y literarios de su época.

Para entrar a considerar, en su aspecto léxico, los rasgos de novedad que

1. Basta recordar aquí, entre las obras de conjunto, el excelente libro de Ángel Rosenblat, *La lengua del «Quijote»* (Madrid, Gredos, 1971). Y todavía es de gran utilidad *La lengua de Cervantes*, de Julio Cejador y Frauca, de 1905. Sin embargo, Cejador, no debemos olvidarlo, puso como subtítulo a su libro *Gramática y diccionario de la lengua castellana en «El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha»*, y, consecuentemente, lo que su estudio ofrece es un repertorio descriptivo más que analítico.

debieron atraer la atención de los lectores contemporáneos de Cervantes, lo primero que se presenta al investigador como problema es la delimitación del campo.

Sabemos, gracias a la paciente labor de don Carlos Fernández Gómez, que el *Quijote* es la obra en prosa más extensa de Cervantes con casi trescientas setenta y ocho mil quinientas palabras.² Además, la obra completa, como la entendemos hoy, tiene un largo período de gestación y de publicación que obliga, en este caso especial, a considerar las dos partes como textos unidos y, a su vez, separados. La Segunda Parte es algo más extensa y ofrece también, en el plano de la creación léxica, interesantes contrastes con la Primera. A ella nos referiremos especialmente en este trabajo. Consideraremos no solamente los elementos novedosos dentro del *corpus* cervantino sino también las novedades léxicas generales en la lengua literaria de la prosa áurea que esta Segunda Parte ofrece.

De estos dos aspectos, podremos estudiar, dentro de los límites de este trabajo, algunos elementos que caracterizan el discurso de la prosa última de Cervantes. Para ello, hemos de circunscribirnos a los usos únicos que aparecen en la Segunda Parte del *Quijote* de los que ya me he ocupado en otra ocasión. Creo que no es una elección arbitraria.

Elegimos los usos únicos, es decir, palabras que aparecen solamente en el *Quijote* con especial atención a la Segunda Parte, porque ofrecen la característica de ser, creemos, el resultado de una selección motivada, en muchos casos, por razones literarias o, si se quiere, artísticas, más que por voluntad de información o claridad, por ejemplo, o por lo menos, porque la componente expresiva, en buen número de instancias, parece justificar esta búsqueda de novedad en la lengua. Ciertamente, no todos los casos de apariciones únicas están motivados por una necesidad fundamentalmente expresiva: cada palabra puede ser el resultado de esta búsqueda en cualquier texto. Pero es también cierto que la carga semántica o el carácter exclusivamente literario de cada elección varían profundamente con cada uso. La elección por parte de un autor de un nuevo verbo, de un nuevo sustantivo, obedece simultáneamente a las necesidades generales del discurso en cuestión y también al peculiar carácter de texto literario que cada frase añade al discurso total. Con esto quiero decir que parece natural encontrarnos en el *Quijote* el vocabulario correspondiente a armaduras y caballerías, pero no parece necesario o natural que este texto demande *a priori* la creación de compuestos, la preferencia por usos adverbiales o de ciertas formas de los grados nominales o cierto tipo de derivaciones. Como tampoco será de esperar, necesariamente, la diseminación de cultismos y primeras documentaciones literarias en función de su característica de parodia de novelas de caballerías, entre otras cosas.

Pero como este texto es más que una novela de caballerías parodiada, resulta evidente que la riqueza de novedades expresivas obliga a examinarlo desde una perspectiva diacrónica y sincrónica al mismo tiempo. En efecto, cultismos o arcaísmos, por ejemplo, solamente se definen desde una perspectiva histórica de la

2. *Vocabulario de Cervantes*, Madrid, RAE, 1962, particularmente «Apéndice I, A Contabilidad de las voces».

lengua, y los cultismos del siglo XVII están hoy, muchas veces, integrados en la lengua cotidiana y fuera del marco exclusivo de la literatura. La recuperación de la recepción de los textos áureos por sus receptores, pues, exige el examen de los aspectos léxicos con la atención puesta en el proceso de formación de la lengua literaria en los siglos áureos.

Es ciertamente probable que el éxito de la lectura contemporánea de la obra de Cervantes se debiera al interés de la historia y a la forma del relato, pero, dentro del relato, el placer del encuentro con una nueva lengua narrativa capaz de expresar de modo inédito una historia que, por lo menos en la Segunda Parte, era en gran parte previsible para los lectores que conocían su Primera Parte, debió ser fundamental para su firme consideración como obra maestra. Por cierto, desde nuestra perspectiva, imposible de percibir por los lectores del siglo XVII, hay en la historia de la prosa castellana un antes y un después cervantinos que explican su situación como texto fundador de la prosa moderna.

Esta novedad, por cierto, es compleja y el resultado de numerosos componentes. Uno de los más ricos en perspectivas y el más escurridizo para el lector de hoy, puesto que no es asimilable a ninguna de las «técnicas» narrativas todavía vigentes, es el componente léxico, en el que se puede observar un buen número de elementos utilizados para dotar al texto de una novedad cómplice para el lector contemporáneo de Cervantes y que hoy tenemos la obligación de rescatar.

Llama la atención, en una lectura atenta de la Segunda Parte, la variedad notable en la creación de palabras. No solamente a través de la utilización magistral de la formación paradigmática, es decir, mediante prefijos y mediante un número sorprendentemente alto de sufijos en la derivación, sino también por la abundancia en la formación de compuestos. Entre ellos, hay por lo menos treinta y ocho que tienen entrada única. En algunos casos, como en el de *baciyelmo*,³ la entrada única no solamente tiene justificación en el desarrollo de la anécdota sino que se transforma en palabra emblemática para la crítica posterior y sólo se reproduce hoy con obligatoria referencia a la obra de Cervantes; quiero decir, que su uso actual depende de la competencia del lector o del interlocutor que pueda reconocer la procedencia literaria. Pero en el resto de los casos es posible señalar un grupo de estos usos únicos que entran en la historia general del vocabulario literario del castellano a través del texto del *Quijote*.

Así, los tres compuestos de *barba* aparecen, con evidente ironía, en la misma página en que el cura, el barbero y Don Quijote discuten sobre la apariencia física de los caballeros andantes y de otros personajes literarios;⁴ *barbilucio*, *barbiponiente* y *barbitaheño* se citan referidos al *Orlando furioso*, el segundo como remedo por parte del cura del uso del compuesto anterior por Don Quijote; como siempre ocurre en los diálogos con los otros personajes, no se le escapa la ironía al hidalgo y responde con el *barbitaheño* que *Autoridades* registra solamente como *barbizaheño*, pero que ya había utilizado en 1528 F. Delicado en *La lozana andalu-*

3. I, 44, 362. Todas las citas corresponden a parte, capítulo y página de la edición de Celina Sabor de Cortázar e Isaías Lerner, Buenos Aires, Abril, 1983² (corr. y act.).

4. II, I, 448.

za.⁵ Pero si el *barbiponiente* del cura ya estaba en circulación en la lengua literaria, en cambio el *barbilucio* de Don Quijote es muy probable que sea documentación literaria temprana; en todo caso, no la registra Corominas, y en *Autoridades* la cita corresponde a este texto del *Quijote*. También parecería de documentación temprana *altisonante*,⁶ con la que califica, en la voz irónica del narrador, «esta grandísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia [...]», como el otro compuesto, *malsonante*,⁷ que usa Don Jerónimo a propósito de los adjetivos con que Avellaneda califica, «llama», a Sancho. Por lo menos, *sonante* lo documenta Corominas en Villena y Nebrija, y *Autoridades* en Herrera en sus *Anotaciones*. El compuesto parece nuevo y parece estar todavía en el campo de las apreciaciones literarias, como *sonante* en Herrera. Naturalmente, en el problema de las documentaciones de usos literarios debemos manejar los datos con precaución y de modo siempre provisional, pero llamar la atención para promover el estudio de estos hechos parece, por lo menos, una actitud prudente.⁸

Otros ejemplos de estos usos tempranos y probables primeras documentaciones los constituyen estos otros compuestos cervantinos: así, *destripaterrones*⁹ está documentado en *Autoridades* con texto de M. Alemán y sin documentación en Corominas. La excelencia del pasaje cervantino resulta de que el compuesto está en boca de Teresa Panza, quien lo usa como perteneciente a la lengua escarnecedora del «condazo o [...] caballerote» con que Sancho quiere casar a su hija; en cambio, en el *Guzmán* se pone en boca del narrador de la historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja, hostil a «la gente villana» que siempre tiene «a la noble —por propiedad oculta— un odio natural».¹⁰ Pero, además, en el texto cervantino, este compuesto va unido a otros dos, uno aparece inmediatamente y el otro más adelante, en el mismo desopilante diálogo: *pelarruecas* y *pazpuerca*. El primero, sin autorización textual en Corominas y no registrado en *Autoridades*, tal vez por menos usual y por aparecer separado en la *princeps*, y el segundo, sin documentación literaria previa, que legitima el carácter intensamente expresivo y popular que Cervantes crea para sus personajes cómicos y villanos. Por ello es que hay que unir a estos ejemplos el de *majagranzas*,¹¹ en boca de Sancho, reproductor, como su mujer, de la lengua que atribuyen a los hidalgos y, como los otros compuestos mencionados, uso único. Pero en este caso el texto de Cervantes es la documentación literaria más temprana registrada por Corominas; además, s.v. *majar*, el *DCECH* transcribe el proverbio que trae Juan de Valdés, «mientras descansas, maja esas granzas», en su *Diálogo de la lengua* y que Cozreas registra con la variante «muele esas granzas». También es de documentación temprana el *calvatrieno* del Monicongo y académico de Argamasilla en el

5. (Ed. Claude Allaigre), Madrid, Cátedra, 1985, mamotreto XI, p. 209.

6. I, 22, 160.

7. II, 59, 789.

8. Véase «*Quijote*, Segunda Parte: parodia e invención», *NRFH*, XXXVIII, 2 (1990), 817-836, especialmente 830 y ss.

9. II, 5, 467-468.

10. Cf. *La novela picaresca española* (ed. F. Rico), I, Barcelona, Planeta, 1967, I, 8, p. 235.

11. II, 31, 622.

último capítulo (en verdad el epílogo) de la Primera Parte, que *Autoridades* registra además en el prácticamente contemporáneo texto de la *Pícara Justina* y que reaparecerá en Quevedo;¹² como parece primera documentación el hoy muy común *malévolo*, pero claro compuesto latinizante, como *malevolencia*, que *Autoridades* no vacila en considerar «voz puramente latina». Sin embargo, *malévolo* está puesto en boca del mismo Sancho, que usaba dos capítulos antes *majagranzas*, pero en esta instancia, debe defender su conducta ante la duquesa por el encantamiento de Dulcinea.¹³ Por otra parte, refuerza su consideración como cultismo el hecho de que *Autoridades* registra como ejemplo de su uso, no precisamente el texto cervantino, sino la traducción de la *Pharsalia* de Lucano por Juan de Jáuregui, publicada en 1684.¹⁴

Por cierto, también Don Quijote utiliza compuestos cultistas infrecuentes en textos literarios, como *jurisconsulto*, para jerarquizar retóricamente su largo razonamiento sobre poetas y poética con el caballero del verde gabán del capítulo 16, pero ya estaba autorizado por Mena, según documenta C.C. Smith.¹⁵ En cambio, el hoy común *guardarropa* parece tener entrada inicial en la prosa áurea, en el discurso referido de Don Quijote, cuando el hidalgo caballero se niega a usar el «vestido de monte» que le ofrecen los duques, pues Corominas cita un pasaje de Palomino aducido por *Autoridades* que es posterior.¹⁶ Otro tanto cabría decir, probablemente, del *pasagonzalo* del narrador, con documentación posterior en *Autoridades*, que refuerza la idea de que se trata de un vocablo popular con el que el narrador se posesiona del pensamiento de Sancho, quien «no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya [...]».¹⁷

Sancho, sin duda, responde a una tendencia popular en estos usos de compuestos, pero, como se puede observar, no siempre es ello así, y la matización, el hecho sorpresivo de los registros diversos, dan calidad literaria al supuesto mimetismo de la lengua popular que se ha dado en llamar el «estilo cervantino». Por cierto, cuando en el diálogo con que se cierra el capítulo 67 Sancho y su amo se sueltan mutuas retahílas de refranes, Sancho replica a su amo: «es como lo que dicen: "Dijo la sartén a la caldera: —Quítate allá, ojinegra"; estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos».¹⁸ Pero no es ésta la forma que registra Correas, sino: «Dijo el cazo a la caldera: quítate allá, tiznera».¹⁹ La versión de Sancho refuerza significativamente su estatuto coloquial con el «como lo que dicen» y usa el compuesto *ojinegra* sin documentación pre-

12. «Calvo que no quiere encabellarse», *Parnaso*, 423; cf. Francisco de Quevedo, *Poesía selecta* (eds. Lía Schwartz Lerner e Ignacio Arellano), Barcelona, PPU, 1989, p. 204.

13. II, 33, 637.

14. Cf. Theodore S. Beardsley, jr., *Hispano-Classical Translations Printed Between 1482 and 1699*, Pittsburgh, Penn., Duquesne U.P., 1970, pp. 14 y 97.

15. II, 16, 531. Cf., para Mena, C.C. Smith, «Los cultismos literarios del Renacimiento: pequeña adición al *Diccionario Crítico Etimológico* de Corominas», *B.Hi*, LXI (1959), 236-272, p. 254, s.v. *juro*.

16. II, 34, 640.

17. II, 14, 519.

18. II, 67, 836.

19. (Ed. Louis Combet), p. 330.

via; Sancho ha evitado la rima consonante que transcribe Correas y ha acudido a uno de sus compuestos; no es improbable que ésta fuera la versión verdaderamente popular, pero no debe descartarse el propósito muy cervantino de una reelaboración que los lectores habrían reconocido placenteramente.

En todo caso, convendría prestar atención sistemática a estos usos en la formación de palabras. Así, la acepción de *echacuervos* como «hombre embustero, ridículo y despreciable» que ilustra *Autoridades* con el texto único del capítulo 31 de la Segunda Parte cuya definición se aparta del significado más frecuente de «vendedor de bulas falsas» y esta polisemia contemporánea debió decidir su elección.²⁰ Que la polisemia jugó un papel importante puede sostenerse como argumento aceptable, si se tiene en cuenta que la palabra aparece en la versión primitiva de *Rinconete y Cortadillo* que editó Bosarte.²¹ En efecto, cuando después de rodeos sinónimos, típicamente cervantinos, Rincón explica el oficio de su padre, advierte que «quiero decir que es bulero, como los llama el vulgo (aunque otros los llaman echacuervos)». Por cierto, el texto definitivo que envía Cervantes a imprenta en 1613 abandona el comentario parentético y prefiere otra variante, ya no sinónima sino fonética, en obvio homenaje al *Lazarillo*, como otras veces en esta novela, y corrige «quiero decir que es bulero, o buldero, como los llama el vulgo». El compuesto solamente se imprimirá en el *Quijote* y con la novedad semántica ya comentada. Esta misma oscilación semántica da particular brillo al uso de *aguachirle* en el primer capítulo de las bodas de Camacho, cuando Sancho compara las ollas de Camacho, de las que son «abundantes espumas, gansos y gallinas, liebres y conejos», con las de Basilio, en las que predice solamente «aguachirle»;²² este *aguachirle* ciertamente significa «vino aguado», «líquido claro» en este texto, por oposición a las espesas espumas de las ollas de Camacho, pero en el habla del labrador Sancho no podía estar ausente (ni en el conocimiento lingüístico de sus lectores contemporáneos) el otro significado: «agua mezclada con excrementos y orines del ganado lanar», que es muy apropiado para el texto y que se aplica también, según señala Corominas s.v. *sirle*, al soneto de Góngora contra Lope que comienza precisamente con la famosa línea «Patos de la aguachirle castellana» en donde, como en el texto cervantino, la acepción popular se aplica mejor que la de «vino aguado»;²³ de cualquier modo, el compuesto tiene en Cervantes su documentación literaria más temprana, pues Quevedo usa el simple *chirle*²⁴ y el texto de Góngora es posterior al *Quijote*.

Otro tanto convendría decir del *buzcorona* de las poesías preliminares que Cervantes stampa al principio de la Primera Parte, pero obviamente escritas al terminarla; solamente encuentro la palabra en Francisco del Rosal, 1601, pero

20. Véase para las diversas acepciones y la etimología, Joseph E. Gillet, «Spanish *echacuervo(s)*», *RPh*, X, 3 (1957), 148-155; más datos en *DCECH*, s.v. *echar*, el texto del *Quijote*, en II, 31, 619. Cf. ahora el Prólogo al *Lazarillo* de la edición de F. Rico, Madrid, Cátedra, p. 58.

21. Cf. la edición crítica de F. Rodríguez Marín, Madrid, 1920, p. 239a.

22. II, 20, 559.

23. Cf. *Obras completas* (ed. Juan Millé y Giménez), Madrid, Aguilar, 1951, p. 549, y n. 431 de la ed. de Foulché Delbosc.

24. Quevedo utilizó la palabra en varias obras; aparece en *El Buscón* de 1626 (ed. P. Jauralde Pou), Madrid, Castalia, 1990, II, 6, p. 175; también en la *Pregmática del desengaño contra los poetas güeros*, en *Obras festivas* (ed. P. Jauralde Pou), Madrid, Castalia, 1981, p. 93.

con añadidos posteriores, según el *Tesoro lexicográfico*; sin embargo, no aparece en *Autoridades*, y el dato de 1603 de Corominas no es claro.

Estos compuestos, y unos veinte más de aparición única, responden a necesidades expresivas diversas, como se ha visto, y a una voluntad de síntesis que permite al texto decir un concepto nuevo sobre la suma de dos vocablos que pierden su significación primitiva. Esta operación de síntesis se intensifica con otros recursos, como la creación de adverbios acabados en *-mente*, que abundan de manera notable en la Segunda Parte. Así, de los 54 de aparición única en el *Quijote*, 34 corresponden a la Segunda Parte y algunos combinan agudamente el empleo de sufijos aumentativos y diminutivos con la adverbialización. En la Primera Parte, aparecen *ternísimamente*,²⁵ referido al padre de Zoraida, en un uso que refleja genuino sentimiento y emoción superlativa, y *cortesísimamente*,²⁶ en el capítulo siguiente, en la voz narrativa que refiere el agradecimiento del cautivo; ambos usos respetan el decoro de la narración y deben entenderse, como veremos luego, como ejemplos de estilo elevado. En la Segunda Parte, en cambio, estos adverbios superlativos, nada frecuentes en la prosa áurea, ofrecen ejemplos de empleos más libres que permiten el despliegue de rasgos de ironía y de humor, precisamente por su característica ubicación en cierto registro especial de la lengua literaria. Así, el *fortísimamente*, en el episodio de la cueva de Montesinos, que describe la forma en que el primo y Sancho atan a Don Quijote para el descenso, refuerza los rasgos cómicos de la expedición;²⁷ *valentísimamente* ayuda a subrayar la ironía con que el paje mensajero de los duques narra las actividades gubernamentales de Sancho a las crédulas Sanchica y Teresa.²⁸ Por su parte, después del diálogo de Emerencia y Altisidora, *suavísimamente* define el tocar del arpa que deja a Don Quijote «pasmado» e intensifica la cómica dramatización con que las dos doncellas adornan el canto del romance bajo la ventana de Don Quijote.²⁹

Finalmente, será Sancho quien, en una especie de superlativización de su función adverbial, construya el *pasitamente* para explicar cómo se apeó de Clavileño para ver las siete cabrillas del cielo, como buen cabrerizo que fue en su niñez.³⁰ En verdad, todo este relato de Sancho presenta varios ejemplos de juegos con diminutivos que añaden un elemento importante del relato popular con que el texto se singulariza y que no pueden considerarse meramente casuales dada su proximidad. No se trata solamente de *pañizuelo*, de algún modo esperable puesto que es un diminutivo prácticamente lexicalizado, sino, por ejemplo, de *ladito*, o del juego de repetición en «bonita y pasitamente» en que se falsifica un valor diminutivo para *bonito* al tiempo que se crea una cómica igualdad de sonidos cercana al homoeoteleuton,³¹ además de las fórmulas de la lengua oral del tipo «vengo, pues, y tomo, ¿y qué hago?».

25. I, 41, 334.

26. I, 42, 342.

27. II, 22, 570.

28. II, 50, 737.

29. II, 44, 696.

30. II, 41, 679.

31. Heinrich Lausberg, *Manual de retórica literaria*, Madrid, Gredos, 1966, § 725.

El estudio de los diminutivos y aumentativos con entrada única en cada una de las partes del *Quijote* muestra que la Segunda Parte ofrece claras preferencias por las formas menos frecuentes.³² Así, mientras que los diminutivos terminados en *-illo*, en este caso específico, abundan en la Primera Parte, en la Segunda son menos de la mitad del total. En cambio, la libertad en la formación mediante el uso de sufijos menos frecuentes, más nuevos o más ricos en matices expresivos es notable en la Segunda Parte. Hay 35 ejemplos, frente a sólo 17 de la Primera Parte, repartidos entre los seis sufijos utilizados por Cervantes: *-uelo*, *-ico*, *-ito*, *-ete*, *-ejo* y *-uelgo*, en estas entradas únicas. Por cierto, es notable la ausencia en la Primera Parte de ejemplos con *-ito*. Solamente aparece en la expresión fija *estar en pinganitos*, para la que no encuentran antecedentes literarios los anotadores del *Quijote* y que es utilizada por Sancho.³³ De hecho, la forma *-ito* adquiere para los lectores modernos particular realce si se tiene en cuenta su tardía entrada en los textos literarios por su carácter rural, que explica su atribución a Sancho.³⁴ La otra entrada en la Primera Parte corresponde a la palabra *tablita*, que usa Don Quijote para designar el material necesario para escribir en la Sierra Morena la carta a Dulcinea: «y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de árboles, o en unas tablitas de cera».³⁵ Pero probablemente se trata de una influencia de la forma *tableta* o, mejor aun, una influencia italiana de *taboletta cerata*, que es la expresión que calca Cervantes.

En cuanto a los otros sufijos, solamente *-ico* y *-uelo* presentan un número considerable de ejemplos entre los usos únicos de la Primera Parte: seis con *-ico* y seis con *-uela*. Pero mientras en los segundos el valor cuantitativo es más evidente, como en *aldegüela*, *serrezuela*, *hojuela* o *pedrezuela*, los primeros ofrecen un uso sistemático de funciones afectivas, especialmente en su aplicación irónica. Ya en el Prólogo, que contiene dos de los seis ejemplos de usos únicos, la burla es evidente en el empleo de *sermoncico* y *latinicos*³⁶ cuando recuerda el esfuerzo de los autores por parecer «hombres leídos, eruditos y elocuentes» y se atreven a mezclar la pintura de «un enamorado distraído» con «un sermoncico cristiano que es un contento y un regalo oílle o leelle»; y cuando recuerda la utilidad de las citas clásicas en la retórica del prólogo: «Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy». No es necesario insistir en el valor no cuantitativo del *medrosica* que califica a Maritornes en la desopilante escena del camaranchón del capítulo 16 cuando «toda medrosica y alborotada, se acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acorrucoó y se hizo un ovillo».³⁷ Como es afectivo también el uso, en el capítulo 25, de *palmadicas* de Sancho refiriéndose, melancólicamente,

32. Para un estudio principalmente cuantitativo que no atiende, naturalmente, a los casos de entradas únicas, véase el trabajo fundamental de Emilio Nájuez Fernández, *El diminutivo. Historia y funciones en el español clásico y moderno*, Madrid, Gredos, 1973 (esp. pp. 212 y ss.); véase también del mismo autor, «El diminutivo en Cervantes», *Anales Cervantinos*, 4 (1954), 239-313.

33. I, 47, 379.

34. Cf. M. Alvar y B. Pottier, *Morfología histórica del español*, Madrid, Gredos, 1983, pp. 372 y ss.

35. I, 25, 192.

36. Prólogo, pp. 10 y 12 respectivamente.

37. I, 16, 116.

al desaparecido rucio (p. 190). Asimismo, el *trotico* «algo picadillo» de Rocinante en el capítulo de los «desalmados yangüeses» acentúa el tono burlón del ensayo erótico de la cabalgadura del caballero.³⁸

Finalmente, el *zapaticos* de Teresa, en el capítulo 52 y último de la Primera Parte, tiene la fuerza afectiva necesaria para ganar la buena voluntad del escudero de retorno al hogar o la socarrona ironía de la desconfiada villana que siempre vio con malos ojos la empresa de Don Quijote: «¿qué bien habéis sacado de vuestras escuderías? ¿Qué saboyana me traéis a mí? ¿Qué zapaticos a vuestros hijos?» (p. 409).

La Segunda Parte, en cambio, en el grupo de las entradas únicas, como ya hemos señalado, tiene notable abundancia de casos de *-ito*: *amiguito* (II, 10, 496), *avecitas* (II, 33, 635), *coplita* (II, 38, 663), *dedito* (II, 18, 542), *frailecito* (II, 8, 485), *gobiernito* (II, 50, 734), *hijito*, (II, 13, 510), *ladito*, ya mencionado, *leoncito* (II, 17, 534), *palmadita* (II, Prólogo, 436) frente a *palmadica* (I, 25, 190) también de uso único, *pobrecito* (II, 31, 618), *pucherito* (II, 44, 692), *rajita* (II, 66, 832); de casos de *-ico*: *bolsico* (II, 57, 770), *callandico* (II, 26, 596), *corridica* (II, 10, 496), *folloncico* (II, 74, 867), *gemidico* (II, 49, 729), *graciocico* (II, 49, 725), *lloramico* (II, 49, 729), *pastorcico* (II, 73, 862), *perrico* (II, 25, 590), *refrancico* (II, 28, 607), *tajadica* (II, 47, 710) y, entre los ejemplos de sufijo *-uelo*, tenemos la documentación temprana en textos literarios de *choquezuela* (II, 53, 751).

Esta misma libertad creadora se refleja, con curiosa abundancia respecto de la Primera Parte, en el uso del prefijo *a-* para la formación de supuestos verbos parasintéticos de base sustantiva y adjetiva, que Cervantes, sin embargo, solamente emplea en la forma del participio. Esto le permite calificar con intensa capacidad expresiva, porque el adjetivo resultante tiene valor prospectivo, es decir, de situación de movimiento o evolución; así, *aberenjenado* (II, 47, 714), *abobado* (II, 25, 589), *adamado* (II, 32, 632), *agigantado* (II, 36, 654), *amantado* (II, 36, 654), *amorado* (II, 14, 518), *aperdenalado* (II, 35, 648), sin documentación previa,³⁹ *apicarado* (II, 32, 632) o los de base verbal como *apesarado* (II, 64, 823) permiten un dinamismo que solamente es posible mediante la búsqueda, dentro del sistema de formas expresivas con gran poder de síntesis. Al mismo tiempo, no está de más señalar que en el caso de *amorado* estamos ante una primera documentación (Corominas, s.v. *mora*), y en el caso de *apicarado*, ante documentación por lo menos temprana, pues Corominas no ofrece textos y *Autoridades* sólo el ejemplo cervantino y uno posterior de Quevedo.

Esta riqueza léxica no debió pasar inadvertida a los lectores contemporáneos. En verdad, creo que debió ser una de las razones fundamentales del éxito de la Segunda Parte. Las novedades se multiplican vertiginosamente en el uso de sufijos, en cuya utilización muy variada se acumulan las entradas únicas. No se trata solamente de apariciones inusitadas de simples participios, algunos de documentación temprana, sino del uso de aproximadamente treinta diferentes sufijos y once prefijos distintos para la derivación de palabras no usadas anteriormente

38. I, 15, 107.

39. Cf. art. cit. en nota 8, p. 834.

por Cervantes y que son también, en algunos casos, usos literarios tempranos o primeros.

Pero si la formación es abundante, no lo es menos la creación léxica. Los verbos y sustantivos nuevos en el vocabulario cervantino marcan una de las características que merecen un estudio detenido en la Segunda Parte; en esta ocasión no podemos sino indicar someramente que de los 77 verbos son de documentación literaria temprana: *aludir* (II, 8, 483), *asurar* (II, 41, 680), *bachillear* (II, 7, 475), *birlar*, en la acepción de «derribar los bolos con la bola» (II, 19, 548), *gallardear* (II, 30, 615), *izquierdear* (II, 26, 598), *jaspear* (II, 31, 622), *socaliñar* (II, 40, 672), *supeditar* (II, 18, 546), *varear* (II, 10, 492), *zapatear* (II, 62, 807); algunos como *lambicar* (II, 22, 568), *remorder* (II, 31, 617) o *renquear* (II, 30, 615) son populares o de germanía, mientras que *compungir* (II, 28, 607) o *vacar* (II, 73, 862) son cultismos, y *cutir* (II, 40, 670) ya era arcaizante.

En el léxico nominal hay, según mis cálculos, basados en los cómputos de Fernández Gómez, 482 palabras nuevas del vocabulario cervantino en el *Quijote*.⁴⁰ De ellas, 286 corresponden a la Segunda Parte. Muchos de estos sustantivos y adjetivos son, además, de aparición temprana en los textos literarios, pertenecen a los más variados registros de la lengua escrita y oral, y pueden categorizarse como neologismos y arcaísmos, italianismos, cultismos y latinismos. Prácticamente todos ellos están incorporados a la lengua culta y cotidiana que usamos sin asomo de asombro todos los días. Precisamente ésta es una de las fascinaciones que depara el estudio del léxico cervantino: su importancia para el establecimiento del discurso ficcional áureo y la firmeza con que se integra al patrimonio universal del castellano. No es casual, pues, que precisamente la palabra *literario* encuentre su más temprana documentación, según los repertorios y diccionarios consultados, en la Segunda Parte del *Quijote* (II, 16, 529). Singular coincidencia para la que parecería justo desear una confirmación permanente. El *Quijote*, por lo demás, y en particular su Segunda Parte, concluye un capítulo de la historia literaria europea y abre el de su modernidad. No debe sorprender que también sea el texto fundador de toda la escritura castellana posterior.

40. Los cómputos no tienen en cuenta sino las entradas únicas en el *Quijote*, de modo que el número en ellos es mucho mayor puesto que la palabra puede aparecer también en otras obras de Cervantes; este tipo de estadística no es el que utilizamos en este trabajo.